

LA ESCRITURA Y EL COMPENDIO DEL CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA

LUIS SÁNCHEZ NAVARRO
FACULTAD DE TEOLOGÍA “SAN DÁMASO”
MADRID

La primera imagen que ilustra el *Compendio del Catecismo de la Iglesia Católica* es el icono de un Cristo Pantocrátor del s. XVI que sostiene en su mano izquierda el libro del Evangelio. Y se nos explica: “También hoy Jesús, por medio de la Iglesia, su esposa y cuerpo místico, continúa bendiciendo a la humanidad e iluminándola con su Evangelio, el auténtico libro de la verdad, de la felicidad y de la salvación del hombre”. Poco después se concreta la relación entre ese Evangelio y el *Compendio*: “El *Compendio...*, síntesis del Evangelio de Jesús, enseñado en la catequesis de la Iglesia, es una invitación a abrir el libro de la verdad y a leerlo, aún más, a devorarlo como hizo el profeta Ezequiel”. Estas palabras sirven a modo de introducción para abordar la función de la Biblia en el *Compendio*, que se presenta como *síntesis evangélica*. Su relación con la Escritura es por tanto esencial; la catequesis cristiana halla en la Escritura santa transmitida en la Iglesia la fuente de la que saca las riquezas de la Revelación. Por eso el *Compendio* está penetrado de principio a fin por la Sagrada Escritura¹.

¹ Notemos que en el *Compendio* prevalece ampliamente la expresión “Escritura” o “Sagrada Escritura” sobre “Biblia”; esta denominación aparece sólo tres veces (§§ 84, 148 y 570), siguiendo en ello la praxis del *Catecismo*, en el que “Biblia” aparece sólo una vez (CCE 58). Por el contrario en el *Compendio* hallamos tres veces el adjetivo “bíblico” (§§ 243, 493 y 586) y nunca “escriturístico”, siguiendo también en esto el *Catecismo*.

Se hace así poco menos que imposible presentar en detalle esta presencia: habría que transcribir el *Compendio* en su totalidad. Sin embargo sí podemos mostrarla a grandes rasgos; para ello vamos a seguir el orden temático del *Compendio* que, como se desprende de su nombre, reproduce el esquema del *Catecismo*². Pero antes exponemos su doctrina acerca de la Sagrada Escritura, que está en la base de cuanto sigue.

I. DOCTRINA DEL COMPENDIO SOBRE LA ESCRITURA

La Escritura testimonia la Revelación de Dios, fundamento de la fe; Dios se ha dado a conocer al hombre y lo llama a la comunión con él, tal como atestigua la historia de la salvación. Pero se trata de un testimonio peculiar, cuya relevancia y altísima dignidad sólo comprendemos si consideramos que, como tal, forma parte de la profesión de fe de la Iglesia; de hecho en la primera gran parte, “La profesión de la fe”, hay una sección (§§ 18-24) dedicada a “La Sagrada Escritura”. También en la sección anterior (“La transmisión de la divina revelación”: §§ 11-17) se expone una importante doctrina sobre los escritos inspirados. La Biblia forma parte de la fe en el Dios que “habló por los profetas”.

1. *Escritura y Tradición: la Tradición Apostólica*

En comparación con el *Catecismo*, en el *Compendio* hallamos una articulación más lograda entre Tradición y Escritura. Ante todo, en respuesta a “¿Qué es la Tradición Apostólica?” hallamos una importante definición: “La Tradición Apostólica es la transmisión del mensaje de Cristo llevada a cabo, desde los comienzos del cristianismo, por la predicación, el testimonio, las instituciones, el culto y los escritos inspirados. Los Apóstoles transmitieron a sus sucesores, los obispos y, a través de éstos, a todas las generaciones hasta el fin de los tiempos todo lo que habían recibido de Cristo y aprendido del Espíritu Santo”

² Compendio: “Breve y sumaria exposición, oral o escrita, de lo más sustancial de una materia ya expuesta latamente” (DRAE).

(§ 12; la cursiva es nuestra). En el *Catecismo* no encontramos una definición semejante, en virtud de la cual la Escritura forma parte de la Tradición Apostólica; hay por tanto una relación asimétrica de inclusión, no una simple oposición entre elementos semejantes.

De esta formulación se desprende que en la Tradición Apostólica hay que hacer una distinción entre otros elementos diversos de naturaleza dinámica (la predicación, el testimonio, las instituciones y el culto) y los escritos inspirados. Es lo que leemos en el § 13 (“¿De qué modo se realiza la Tradición Apostólica?”): “La Tradición Apostólica se realiza de dos modos: con la transmisión viva de la Palabra de Dios (también llamada simplemente Tradición) y con la Sagrada Escritura, que es el mismo anuncio de la salvación puesto por escrito”. Nos hallamos ante una novedad terminológica en el Magisterio eclesiástico, según la cual se entiende la Tradición de forma análoga; podemos expresarlo así:

Tradición Apostólica = (simplemente) Tradición *y* Sagrada Escritura

La Tradición Apostólica es una realidad dinámica: la transmisión del mensaje de Cristo (§ 12); esta transmisión, que es el hecho fundamental, se realiza de forma viva (Tradición *simpliciter*) y de forma estable, puesta por escrito (Escritura). Dentro de la Tradición Apostólica se distingue por tanto entre los escritos inspirados y las demás modalidades de transmisión, incluidas todas ellas en el concepto de Tradición *simpliciter*, opuesto –esta vez sí– a la Escritura. A su vez, el concepto superior de “Tradición Apostólica” equivale al de “depósito de la fe”, tal como se desprende del § 14: “La Tradición y la Sagrada Escritura... constituyen un solo sagrado depósito de la fe”; pero este es un concepto estático, mientras que la primera es una noción dinámica y más adecuada por tanto para expresar el hecho de la transmisión del mensaje de Cristo (cf. § 12). Esta distinción entre “Tradición Apostólica” y “Tradición *simpliciter*”, aunque puede resultar problemática por emplear idéntico término, resulta novedosa en relación con el Magisterio reciente y permite describir la Escritura como un elemento más de la Tradición Apostólica, claramente diferenciado a su vez de los otros modos de esta transmisión. La Escritura, que se distingue de la Tradi-

ción (*simpliciter*), forma parte de la Tradición Apostólica. El problema que puede suponer la confusión terminológica se compensa con creces al ofrecer una visión de la Escritura dentro de la Tradición (Apostólica) y no en oposición con ella, siguiendo así la doctrina común de los Padres. La Escritura es Tradición.

El *Compendio*, por tanto, da un paso respecto del Catecismo que, en la línea del Concilio Vaticano II, no distingue entre Tradición Apostólica y Tradición³. Así, en el epígrafe del Catecismo titulado “La Tradición apostólica” (CCE 75-79) leemos: “La transmisión del Evangelio, según el mandato del Señor, se hizo de dos maneras: oralmente... [y] por escrito” (CCE 76); y más adelante: “Esta transmisión viva, llevada a cabo en el Espíritu Santo, es llamada Tradición en cuanto distinta de la Sagrada Escritura, aunque estrechamente ligada a ella” (CCE 78). Esta presentación tiene la dificultad de presentar Escritura y Tradición como dos elementos en cierto modo paralelos, aunque se insiste en su unión y compenetración mutua, que deriva de su origen común y de su idéntica finalidad (CCE 80); la Sagrada Escritura “es la palabra de Dios, en cuanto escrita por inspiración del Espíritu Santo”, mientras que la Tradición “recibe la palabra de Dios... y la transmite íntegra a los sucesores” (CCE 81). La formulación del *Compendio*, por el contrario (Tradición Apostólica = Tradición *simpliciter* y Sagrada Escritura) deja bien a las claras el carácter tradicional de la Escritura y su pertenencia a una transmisión viva que la excede. Esta condición tradicional de la Escritura es estructural, pues se manifiesta ya en la identificación misma de los libros que la componen; la Escritura no “se recomienda” a sí misma, es la Tradición Apostólica la que dictamina su contenido material, tal como también enseña el *Compendio*: “El canon de las Escrituras es el elenco de todos los escritos que la Tradición Apostólica ha hecho discernir a la Iglesia como sagrados” (§ 20).

³ El concepto de “Tradición Apostólica” equivale en la *Dei Verbum* a la transmisión de la predicación apostólica: “La predicación apostólica, que de modo especial se expresa en los libros inspirados, debía conservarse por continua sucesión hasta la consumación de los tiempos... Lo que transmitieron los Apóstoles abarca todo lo que contribuye para que el Pueblo de Dios lleve una vida santa y crezca en su fe; y así la Iglesia, en su doctrina, vida y culto perpetúa y trasmite a todas las generaciones todo lo que ella es, todo lo que cree” (DV 8).

De esta presentación del *Compendio* se desprende que la Biblia es un elemento esencial de la Tradición Apostólica; por la Escritura se transmite el mensaje de Cristo, pero no de forma autónoma, sino íntimamente unida un conjunto de elementos dinámicos (predicación, testimonio, instituciones, culto) y complementarios entre sí. La peculiaridad de la Escritura inspirada estriba precisamente en su condición de palabra escrita, hasta el punto de que constituye una modalidad peculiar de esa Tradición (§ 13). Así queda más claro que Tradición *simpliciter* y Escritura no se oponen, sino que se complementan, como elementos constitutivos de la Tradición Apostólica: “La Tradición y la Sagrada Escritura están íntimamente unidas y compenetradas entre sí. En efecto, ambas hacen presente y fecundo en la Iglesia el Misterio de Cristo, y surgen de la misma fuente divina” (§ 14). Por ello estará desenfocado cualquier intento de comprender la Escritura al margen de la fe viva de la Iglesia, contenido de la Tradición Apostólica: será una interpretación expuesta al fracaso, pues desliga la Escritura de su hábitat propio.

2. La Sagrada Escritura (§§ 18-24)

En la sección explícitamente dedicada a la Sagrada Escritura se tratan los temas teológicos fundamentales: inspiración y verdad (§ 18), interpretación (§ 19), canon (§ 20), importancia del Antiguo Testamento y el Nuevo Testamento y relación entre ellos (§§ 21-23), y función de la Escritura en la vida de la Iglesia (§ 24). Nos llama la atención no hallar el término “inspiración” en la pregunta correspondiente: “¿Por qué decimos que la Sagrada Escritura enseña la verdad?” (§ 18); sólo en la respuesta leemos: “Decimos que la Sagrada Escritura enseña la verdad porque Dios mismo es su autor: por eso afirmamos que está inspirada y enseña sin error las verdades necesarias para nuestra salvación” (cf. DV 11). La inspiración está por tanto en función de la verdad salvífica. La doctrina sobre la interpretación aparece bajo el acertado título: “¿Cómo se debe leer la Sagrada Escritura?” (§ 19); en la respuesta, además del principio general (“La Sagrada Escritura debe ser leída e interpretada con la ayuda del Espíritu Santo y bajo la guía del Magisterio de la Iglesia”), se enuncian los criterios que han de permitir esta lec-

tura: atención al contenido y unidad de toda la Escritura, lectura de la Escritura en la Tradición viva de la Iglesia y respeto de la analogía de la fe, “es decir, de la cohesión entre las verdades de la fe” (cf. DV 12). En estos dos números del *Compendio* tenemos por tanto una síntesis de la doctrina conciliar sobre la Escritura.

Tras definir el canon y enunciar a grandes rasgos su composición (§ 20), hay tres párrafos dedicados al Antiguo Testamento, el Nuevo Testamento y la relación entre ambos. En el § 21 se afirma la importancia que tienen para los cristianos los libros de la Antigua Alianza, derivada de su inspiración divina; esta les confiere “un valor permanente, dan testimonio de la pedagogía divina del amor salvífico de Dios”. Además “han sido escritos sobre todo para preparar la venida de Cristo Salvador del mundo” (cf. DV 14-15). Se pone de relieve tanto su aspecto sapiencial como su dimensión profética, principal para los cristianos (“sobre todo”). La importancia del Nuevo Testamento estriba en el carácter definitivo de la verdad que nos transmite sobre la Revelación divina (§ 22; cf. DV 17). Se insiste en el lugar privilegiado que ocupan en él los cuatro Evangelios, que como “principal testimonio de la vida y doctrina de Jesús”, “constituyen el corazón de todas las Escrituras y ocupan un puesto único en la Iglesia” (cf. CCE 125 y 127)⁴. La relación entre Antiguo Testamento y Nuevo Testamento, más allá de la evidente diversidad, es de unidad: “La Escritura es única porque es única la Palabra de Dios, único el proyecto salvífico de Dios y única la inspiración divina de ambos Testamentos”; pero esta unidad no anula la diferencia: “El Antiguo Testamento prepara el Nuevo, mientras que éste da cumplimiento al Antiguo: ambos se iluminan recíprocamente” (§ 23). De todo lo dicho se desprende, casi a modo de conclusión, la función de la Escritura en la vida de la Iglesia, a la que “proporciona apoyo y vigor”; y esto en todas sus dimensiones: “es firmeza de la fe, alimento y manantial de la vida espiritual. Es el alma de la teología y de la predicación pastoral” (§ 24). Y concluye apoyando

⁴ “Entre todas las Escrituras, incluso las del Nuevo Testamento, los Evangelios gozan de una merecida superioridad, pues son el principal testimonio acerca de la vida y doctrina del Verbo encarnado, nuestro Salvador” (DV 18).

su recomendación a la lectura frecuente de la Biblia con la conocida cita de san Jerónimo, procedente del prólogo a su comentario a Isaías y referida por tanto primariamente al Antiguo Testamento: “Desconocer la Escritura es desconocer a Cristo”⁵. Así, en los siete números dedicados a la Sagrada Escritura se ponen de manifiesto su peculiar naturaleza y su insustituible función para la vida de la Iglesia. Esto justifica el constante recurso a ella en el Compendio.

II. RECURSO A LA ESCRITURA EN EL COMPENDIO

Al igual que el *Catecismo*, la exposición del *Compendio* está firmemente enraizada en la Sagrada Escritura y abundantemente nutrida de ella, haciéndose eco de la exhortación de Pablo: “Toda Escritura inspirada por Dios es también útil para enseñar, para argüir, para corregir y para educar en la justicia” (2 Tm 3,16). En los siguientes parágrafos entresacamos algunos aspectos significativos.

1. *La Escritura y la profesión de la fe*

Como ya hemos indicado, en esta primera parte del *Compendio* se expone la fe católica acerca de la Escritura, elemento constitutivo de la Tradición Apostólica. Pero su presencia no se reduce a esto, sino que se descubre ya en muchas de las preguntas que introducen las enseñanzas del *Compendio*. Por ejemplo: “¿Cuáles son en la Sagrada Escritura los principales modelos de obediencia de fe?” (§ 26); “¿Qué enseña la Sagrada Escritura sobre la Creación del mundo visible?” (§ 62); “¿Hay otros nombres o imágenes con los que la Biblia designe a la Iglesia?” (§ 148). En ocasiones estas preguntas citan algún pasaje bíblico: “¿Por qué es importante afirmar que «en el principio Dios creó el cielo y la tierra»? (Gn 1,1)” (§ 51); “¿Por qué Jesús recibe de Juan el «Bautismo de conversión para el perdón de los pecados» (Lc 3,3)?” (§ 105). La exposición de los misterios de la vida de Cristo hace referencia constante a los Evangelios,

⁵ *Comm. in Is.*, Prol.: CCL 73, 1 (PL 24, 17). Cf. CCE 133.

como no puede ser de otra manera, y nos ofrece la explicación de episodios concretos de la vida de Jesús: infancia, vida oculta, bautismo, tentaciones en el desierto, anuncio del Reino de Dios, signos y milagros, transfiguración, entrada mesiánica en Jerusalén (§§ 103-111), así como su pasión y resurrección (§§ 112-131).

El valor teológico de las Escrituras aparece resaltado en relación con el misterio pascual; en respuesta a la pregunta: “¿Por qué la muerte de Cristo forma parte del designio de Dios?”, leemos: “Anunciada ya en el Antiguo Testamento, particularmente como sacrificio del Siervo doliente, la muerte de Jesús tuvo lugar según las Escrituras” (§ 118; cursiva en el original). Haciéndose eco de 1 Co 15,3-4⁶ el Compendio pone de relieve la importancia de la Escritura (Antiguo y Nuevo Testamento) como testimonio escrito del designio salvífico de Dios, en el que la muerte de Jesús, el Siervo sufriente (cf. Is 52,13-53,12), tiene un papel determinante. Como se dice más adelante a propósito del Espíritu Santo, “la obra reveladora del Espíritu en las profecías del Antiguo Testamento halla su cumplimiento en la revelación plena del Misterio de Cristo en el Nuevo Testamento” (§ 140). En relación con ello, hay dos “figuras puente” entre Antiguo Testamento y Nuevo Testamento: Juan el Bautista, “el último profeta del Antiguo Testamento”, que anuncia la venida de Cristo y lo reconoce como tal (§ 141); y María, en quien “el Espíritu Santo culmina... las expectativas y la preparación del Antiguo Testamento para la venida de Cristo” (§ 142). “Obediente junto a Jesucristo, el nuevo Adán, la Virgen es la nueva Eva, la verdadera madre de los vivientes” (§ 100).

2. La Escritura y la celebración del misterio cristiano

La liturgia cristiana está ligada a la historia de la salvación que atestigua la Escritura: “La celebración litúrgica está tejida de signos y símbolos, cuyo significado, enraizado en la creación

⁶ 1 Co 15,3-4: “Porque os transmití, en primer lugar, lo que a mi vez recibí: que Cristo murió por nuestros pecados, según las Escrituras; que fue sepultado y que resucitó al tercer día, según las Escrituras”.

y en las culturas humanas, se precisa en los acontecimientos de la Antigua Alianza y se revela en plenitud en la Persona y la obra de Cristo” (§ 236); de hecho, determinados signos sacramentales proceden del Antiguo Testamento (“los ritos pascuales, los sacrificios, la imposición de manos, las consagraciones”: § 237). Así, la práctica sacramental confirma la profunda continuidad entre el Antiguo y el Nuevo Testamento. Más concretamente, “en la Antigua Alianza se encuentran varias prefiguraciones del Bautismo: el agua, fuente de vida y de muerte; el arca de Noé, que salva por medio del agua; el paso del Mar Rojo, que libera al pueblo de Israel de la esclavitud de Egipto; el paso del Jordán, que hace entrar a Israel en la tierra prometida, imagen de la vida eterna” (§ 253). “Estas prefiguraciones del Bautismo las cumple Jesucristo” (§ 254). Algo semejante sucede con la Confirmación: “En la Antigua Alianza, los Profetas anunciaron que el Espíritu del Señor reposaría sobre el Mesías esperado y sobre todo el pueblo mesiánico” (§ 265). Las palabras que constituyen la forma del sacramento de la Eucaristía proceden de los relatos neotestamentarios (cf. § 273); este sacramento fue anunciado “en la Antigua Alianza..., sobre todo, en la cena pascual, celebrada cada año por los judíos con panes ázimos, como recuerdo de la salida apresurada y liberadora de Egipto” (§ 276). El sacramento de la Penitencia fue instituido por Cristo resucitado “cuando la tarde de Pascua se mostró a sus Apóstoles... (Jn 20,22-23)” (§ 298); así la penitencia interior, “el dinamismo del «corazón contrito» (Sal 51,19)” (§ 300), recibe su máxima eficacia. También la Unción de los enfermos aparece prefigurada en la Escritura: “En el Antiguo Testamento, el hombre experimenta en la enfermedad su propia limitación y, al mismo tiempo, percibe que ésta se halla misteriosamente vinculada al pecado. Los Profetas intuyeron que la enfermedad podía tener también un valor redentor de los pecados propios y ajenos. Así, la enfermedad se vivía ante Dios, de quien el hombre imploraba la curación” (§ 313). Jesús dará cumplimiento a las esperanzas suscitadas por el Antiguo Testamento⁷: “La compasión de Jesús hacia los enfermos y las

⁷ “Isaías anuncia que Dios hará venir un tiempo para Sión en que perdonará toda falta y curará toda enfermedad” (CCE 1502).

numerosas curaciones realizadas por Él son una clara señal de que con Él había llegado el Reino de Dios y, por lo tanto, la victoria sobre el pecado, el sufrimiento y la muerte” (§ 314). El sacramento del Orden fue prefigurado “en la Antigua Alianza... por el servicio de los levitas, el sacerdocio de Aarón y la institución de los setenta “ancianos” (Nm 11,25). Estas prefiguraciones se cumplen en Cristo Jesús, quien, mediante su sacrificio en la cruz, es “el único [...] mediador entre Dios y los hombres” (1 Tm 2,5), el “Sumo Sacerdote según el orden de Melquisedec” (Hb 5,10)” (§ 324). Finalmente, el Matrimonio cristiano realiza el designio de Dios sobre el hombre y la mujer atestiguado ya en las primeras páginas de la Biblia y confirmado por Cristo: “Creando al hombre y a la mujer, los ha llamado en el Matrimonio a una íntima comunión de vida y amor entre ellos, “de manera que ya no son dos, sino una sola carne” (Mt 19,8). Al bendecirlos, Dios les dijo: “Creced y multiplicaos” (Gn 1,28)” (§ 337). Poco más adelante se detalla la enseñanza veterotestamentaria sobre la unión entre hombre y mujer: “Dios ayuda a su pueblo a madurar progresivamente en la conciencia de la unidad e indisolubilidad del Matrimonio, sobre todo mediante la pedagogía de la Ley y los Profetas. La alianza nupcial entre Dios e Israel prepara y prefigura la Alianza nueva realizada por el Hijo de Dios, Jesucristo, con su esposa, la Iglesia” (§ 340). El Compendio muestra, en fin, que la economía sacramental de la Iglesia hunde sus raíces en la Antigua Alianza atestiguada por las Escrituras de Israel.

3. *La Escritura y la vida en Cristo*

El *Compendio* describe la vocación cristiana como una vocación a la bienaventuranza, tal como se desprende de la predicación inicial de Jesús (Mt 5,3-10). También aquí descubrimos la mutua implicación entre el Antiguo y el Nuevo Testamento: “Las Bienaventuranzas son el centro de la predicación de Jesús; recogen y perfeccionan las promesas de Dios, hechas a partir de Abraham”; su relevancia deriva de que “dibujan el rostro mismo de Jesús, y trazan la auténtica vida cristiana, desvelando al hombre el fin último de sus actos: la bienaventuranza eterna” (§ 360). La pedagogía divina se expresa en la Ley antigua, que “permite conocer muchas verdades accesibles a la ra-

zón, señala lo que se debe o no se debe hacer, y, sobre todo, como un sabio pedagogo, prepara y dispone a la conversión y a la acogida del Evangelio” (§ 419); su plenitud y cumplimiento le será dado por la Ley evangélica, que “se resume en el amor a Dios y al prójimo” (§ 420). Esta Ley nueva “se encuentra en toda la vida y la predicación de Cristo y en la catequesis moral de los Apóstoles; el Sermón de la Montaña es su principal expresión” (§ 421).

La segunda sección de esta tercera parte del *Compendio*, “Los diez mandamientos”, tiene una doble estructura, siempre basada en textos bíblicos. Ante todo se divide, según Mt 22,36-40⁸, en dos capítulos: el primero, “Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con todas tus fuerzas” (Dt 6,5); el segundo, “Amarás a tu prójimo como a ti mismo” (Lv 19,18). Ambos capítulos se subdividen siguiendo los mandamientos del Decálogo (Ex 20,2-17 / Dt 5,6-21). El primer capítulo contiene tres divisiones, que corresponden a los tres primeros mandamientos del Decálogo en su “fórmula catequética”; aquí es constante la referencia a la Escritura, ya desde las preguntas que introducen los párrafos⁹. El segundo capítulo expone las implicaciones de los restantes mandamientos del Decálogo, y concluye recordando cuál es el mayor deseo del hombre: ver a Dios (cf. Mt 5,8; 1 Jn 3,2); “El hombre, en efecto, realiza su verdadera y plena felicidad en la visión y en la bienaventuranza de Aquel que lo ha creado por amor, y lo atrae hacia sí en su infinito amor” (§ 533). Así la bienaventuranza, con la que comenzaba esta tercera parte del *Compendio*, sirve también para cerrarla. Creado para la felicidad, el hombre descubre atestiguado en la Escritura el camino para alcanzarla.

⁸ Mt 22,36-40: “Maestro, ¿cuál es el mandamiento mayor de la Ley?’ El le dijo: ‘Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu mente. Este es el mayor y el primer mandamiento. El segundo es semejante a éste: *Amarás a tu prójimo como a ti mismo*. De estos dos mandamientos penden toda la Ley y los Profetas”.

⁹ Hallamos una explicación de Ex 20,20 (§ 442), Mt 4,10 (§ 443), Ex 20,2 (§ 445), Ex 20,3 (§ 446) y Ex 20,11 (§450).

4. *La Escritura y la oración cristiana*

La cuarta parte del *Compendio*, dedicada a la oración, se divide asimismo en dos secciones. En la sección inicial, “La oración en la vida cristiana”, hallamos un primer capítulo dedicado a “La revelación de la oración”, que representa una auténtica relectura de Antiguo Testamento y Nuevo Testamento desde este punto de vista: Abraham, Moisés, el templo y el rey, los Profetas, los Salmos (§§ 536-540); la oración de Jesús (§§ 541-543) y de María (§§ 546-547); la oración de los primeros cristianos (§§ 548-549). El segundo capítulo de esta sección, “La Tradición de la oración”, nos habla de la Palabra de Dios como fuente de la oración cristiana (§ 558); y en el capítulo tercero se describe la meditación como “una reflexión orante, que parte, sobre todo, de la Palabra de Dios en la Biblia” y “es una etapa preliminar hacia la unión de amor con el Señor” (§ 570). El último párrafo de esta sección, en fin, está dedicado a “la oración de la Hora de Jesús”, es decir, la oración sacerdotal de Cristo en la Última Cena (Jn 17: § 577). Todo ello permite hacerse una idea de la función principal que la Escritura desempeña en la vida de oración del creyente.

La segunda sección está dedicada por entero a “La oración del Señor: Padre nuestro”; es casi ocioso indicar su dependencia directa de la oración dominical, tal como aparece en el Evangelio de Mateo¹⁰. Se presenta como “La síntesis de todo el Evangelio” (§§ 579-581); su importancia en las Escrituras (“recoge en forma de oración el contenido esencial del Evangelio”: § 579) y en la vida de la Iglesia, para la que es la “oración por excelencia” (§ 581), manifiesta la profunda implicación de esta oración bíblica en la vida de los creyentes¹¹. Esta importancia deriva de su origen: “nos la enseñó el mismo Jesús, nuestro Señor” (§ 580). Los §§ 582-598 van desgranando el Padre nues-

¹⁰ Pese a ello, el *Compendio* no ignora la versión lucana de esta oración, a la que se refiere cuando alude al contexto originario de la enseñanza: “Jesús nos enseñó esta insustituible oración cristiana, el *Padre nuestro*, un día en el que un discípulo, al verle orar, le rogó: ‘Maestro, enséñanos a orar’ (Lc 11,1). La tradición litúrgica de la Iglesia siempre ha usado el texto de san Mateo (6,9-13)”: § 578.

¹¹ “El *Padre nuestro* es ‘el resumen de todo el Evangelio’ (Tertuliano); ‘es la más perfecta de todas las oraciones’ (santo Tomás de Aquino)”: § 579.

tro y nos ofrecen una sintética explicación de la invocación inicial, las siete peticiones y el “amén” final. Tenemos así un comentario catequético auténtico de esta oración, central en el Sermón de la Montaña (§ 579) y en la vida de la Iglesia.

5. *La Escritura y la belleza del arte cristiano*

“Las imágenes proclaman el mismo mensaje evangélico que la Sagrada Escritura transmite mediante la palabra, y ayudan a despertar y alimentar la fe de los creyentes” (§ 240). Coherente con esta enseñanza, el *Compendio* ha incorporado una serie de imágenes que – acompañadas de sendas explicaciones catequéticas – no son meras ilustraciones sino que forman parte integral del mismo. Todas ellas tienen motivos bíblicos; algunas buscan recrear relatos del Antiguo y sobre todo del Nuevo Testamento, representando los misterios de la vida de Cristo o iluminando aspectos de la vida eclesial. La gran capacidad de evocación de estas obras de arte, que mediante el simbolismo son capaces de aunar en una sola imagen los principales misterios de la fe¹² o la riqueza multiforme de la vida cristiana¹³, hacen verdadero el dicho de que una imagen vale más que mil palabras.

Como enseña el mismo *Compendio*, entre verdad y belleza existe una connaturalidad tal, que las verdades de la fe son especialmente aptas para su expresión artística: “La verdad es bella por sí misma. Supone el esplendor de la belleza espiritual. Existen, más allá de la palabra, numerosas formas de expresión de la verdad, en particular en las obras de arte. Son fruto de un talento donado por Dios y del esfuerzo del hombre. El arte sacro, para ser bello y verdadero, debe evocar y glorificar el Misterio del Dios manifestado en Cristo, y llevar a la adoración y al amor de Dios Creador y Salvador, excelsa Belleza de Verdad y Amor” (§ 526). Las imágenes que jalonan el *Compendio*

¹² Así, el icono de Cristo que aludíamos al principio de este artículo.

¹³ En el mosaico del ábside de la Basílica de san Clemente, de Roma (s. XII; pórtico de “La profesión de la fe cristiana”, en la parte primera del *Compendio*), se concentran simbólicamente los elementos constitutivos de la vida cristiana, hermosamente abarcada por las ramas que brotan del árbol de la cruz, el nuevo y definitivo “árbol de la vida”.

son la mejor muestra de ello. Y todas ellas, ya ilustran pasajes bíblicos, ya combinan diferentes elementos procedentes de la Escritura o inspirados en ella. Así nos permiten percibir la verdad y belleza de la Biblia, capaz de suscitar a lo largo de los siglos innumerables expresiones artísticas. De esta manera resultan un magnífico complemento a la enseñanza del Compendio y una prueba más de la fecundidad de la Escritura.

III. CONCLUSIÓN

Nuestro recorrido por el *Compendio* nos ha permitido comprobar cómo está estructuralmente nutrido por la Escritura santa, hasta el punto de que se puede decir –haciendo nuestra la expresión que el Concilio refiere a la Escritura en relación con la teología (DV 24)– que la Biblia es “como el alma” del *Compendio*. La doctrina católica sobre la Sagrada Escritura en la Tradición Apostólica, que hemos descrito en sus líneas generales, es el fundamento de esta realidad. A su vez el *Compendio*, siguiendo al *Catecismo*, se nos presenta como una exposición sintética y orgánica de la enseñanza bíblica, de la fe de la Iglesia. Ello nos permite comprender en qué medida la Escritura, leída en la Iglesia, es alimento para la fe y la vida cristiana, y por ello un instrumento catequético de primera magnitud: “el auténtico libro de la verdad, de la felicidad y de la salvación del hombre”.